

Nombres y hábitos en España

Braulio Peralta

bradas de cazadores implacables, "animales en medio de los hombres", demasiado embrutecidos "para comprender a fondo su insondable miseria", demasiado limitados y borrosos, "como inexplorados", como inválidos y exiliados pre-Roth (el conde des Barrets de *Camarero*, una caña es huésped habitual de las tabernas después de su desastre familiar, y dice que si es viejo, es porque "no toma el aire": "no hay nada que estropee tanto como la vida de café"). Seres a veces, muchas de las veces, abruptamente idiotas que parecen pensar por primera vez a cada instante, como arrojados o descargados como un fardo "en un universo sin razón de ser".

Pero Maupassant sabía muy bien la verdadera importancia, la importancia cruda y material en ese mundo fundado en la posesión y en la enfermedad más directa de ésta, su desviación, que no era otra que la avaricia y la mezquindad. Ahí, en ese mundo de campesinos crueles e innobles, como muy bien sabía también Jules Renard, en ese mundo de míseros pequeños burgueses que están dispuestos a asesinar a un familiar para adelantar los beneficios de una exigua herencia, en ese mundo el rey es el objeto: nada se desaprovecha, todo se traspasa. El militar que fusila a los dos desgraciados pescadores domingueros en *Dos amigos* se quedará con los peces que aún colean en el cesto de los muertos arrojados al agua; el farmacéutico que quería denunciar a la vagabunda que lo ama platónicamente desde la primera vez que lo vio en la infancia, aceptará sin embargo el carro que le ha dejado en herencia, lo mismo que de pequeño aceptaba las monedas que la vagabunda le iba entregando con devoción, rascadas de aquí y de allá, en el cuento *La sillera*; los pérfidos y desalmados burgueses de *Bola de Sebo* devorarán ferozmente la cesta de provisiones de la joven prostituta, a pesar de su oscura procedencia; el pan, con costra o sin costra, estará situado en el mismo lugar de la mesa y el mismo día de la semana, tras morir el señor Hautot y pasarle su querida, como una hacienda, a su obediente hijo, igual en todo al que lo trajo al mundo; y, por fin, unas simples ostras serán el detonante de todo el hundimiento familiar, tras ser servidas por un viejo mendigo en el que los modestos burgueses ven a su esperado tío de América, el tío Jules, que los salvaría de todos los sinsabores, y al que ahora evitan rápidamente antes de que él los pueda reconocer y los hunda en la vergüenza en que hunden los fracasados a los que tocan o a los que simplemente conocen. ♦

Escenas del crimen

El paisaje humano: una mujer busca en la vena de los pies el lugar adecuado para inyectarse una dosis de heroína; un joven, tirado en plena calle, después de inyectarse, se ha quedado con la jeringa en uno de sus brazos. Parece muerto. No, no son más que los efectos del piquete, por el momento. Más adelante, una muchacha, desesperada por conseguir la droga, atrás del vendedor que se niega a dársela porque no alcanza el precio de la misma.

Estamos en el "paisaje con jeringuillas", que pueden ser los suburbios madrileños o el pleno centro de la Gran Vía. Y no es tan tarde: a partir de las 10 de la noche puede empezar el espectáculo.

El ambiente siempre es el mismo: los desesperados por un piquetito son los primeros en llegar. Después vendrán los vendedores. Pasarán en sus autos aquéllos que sólo llegan a adquirir el producto para picarse en otra parte, escondidos del mundo de la calle. Y los últimos, aquéllos que han estado pidiendo limosna todo el día para pagar el precio a su adicción. Todo lo dan por un gramo de heroína, aunque ese gramo haya sido adulterado hasta diez veces de su original. El aspecto en ellos casi siempre es el mismo: jovencitas entre 17 y 25 años que han llegado a la prostitución para conseguir su papalina; ellos, de la misma edad, con el mismo oficio, o ladrones. Son los marginados de la sociedad.

Hay diversos tips para entenderse. Es el argot alrededor de la droga que hasta la Academia de la Lengua ha incorporado al lenguaje aceptado como castellano: "perico", el más común para llamar a la cocaína, que últimamente ya tiene diversas denominaciones (farlopa, cunya, "alita de mosca, puritito nácar", etcétera); "burro", la droga más letal, la heroína, que es el caballo, potro, nieve, jamaro, chino; y el famoso costo, la droga más popular entre todos los sectores de la sociedad española: el hachís o chocolate, mierda o goma, canuto, porro o mais. Es la contribución de la droga al lenguaje de nuestro castellano.

Paisaje después de la batalla: en la madrugada, esas calles, esos barrios, esos es-

pacios que quedan decorados de jeringas tiradas en el suelo; restos de sangre, papel de plata con el que se quema la heroína para ser inhalada; varios atuendos de ropa que van desde una bolsa hasta unos pantalones o un vestido o un vestuario completo de hombre y de mujer. Y, cómo no, de vez en cuando, también por la madrugada, un cuerpo sin vida que se ha quedado en el viaje. Ni modo, se le pasó la mano o le dieron droga adulterada que le produjo la muerte. Cuerpos que recoge el forense y que generalmente nadie reclama para su sepultura. Es el final de "la fiesta". Otro día ha empezado.

Un golpe cálido

William Burroughs, en su novela *El almuerzo desnudo*, define mejor que nadie el efecto que la heroína causa en un principiante:

es un golpe cálido que te llega primero a las piernas, luego a la nuca y el resto de la cabeza, para acabar extendiéndose por todos los músculos y huesos, produciendo un relax insuperable; algo que te hace flotar para toda la eternidad. Con algo así entre las manos, ¿cómo vas a pararte a pensar en la gente que te rodea?

Pero, repetimos: es el primer contacto con la droga. Después de la adicción a ella, viene el abismo. Tener "el mono", la angustia por una dosis de droga, puede llevar a un heroinómano a matar. Y con una navaja en la mano: así lo han hecho innumerables ocasiones a la salida de los teatros, de los museos, del cine, intimidando a la gente. Y al que le toque toparse con uno, o le das dinero, o puedes llevarte un navajazo, en el mejor de los casos, porque ahora te amenazan con jeringas desechables. No es amarillismo: es realismo puro y duro que hemos vivido.

Aquí pueden verlo en las fotos: un agente detiene a un ladrón en busca de dinero para su adicción. Y le incautan la navaja. ¿Se los decimos en la jerga de criminales? "Un chapa coloca a un choro y le guinda la chuli." No tienen miedo de nada. Son capaces de picarse heroína adulterada que les puede pro-

